

Retratos

Sofía Ímber: Otra voz y otro ámbito

Luis Lozada Soucre

La Revista de Caracas. Domingo, 24 de Abril de 1994

Esta es la historia jamás contada de una mujer de excepción. Brechas en un pasado —para ser más exactos— que su protagonista hace lo imposible por resguardar para sí y un pequeño cenáculo que apenas incluye a sus hijos y un puñado de amigos. He aquí a una Sofía diferente que no habla de lo que siempre quiere: el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas, sino de lo que nunca ha querido: su propia vida. Aquí también se refleja una personalidad polivalente, donde la mayoría de las pasiones humanas están presentes en esta menuda y proteíca periodista

Ana veía desmoronarse su mundo con la certeza interior de que sobreviviría. O que por lo menos, haría lo que estuviera a su alcance para salvar a su hija Lya, de aquella revolución que sembraba sangre y fuego en tierras rusas y amenazaba con arribar a puerto. Dos obstáculos debería vencer y Ana estaba preparada para hacerlo: la serena pasividad de su esposo Nahun y la inminente llegada de los bolcheviques a Odessa.

Al pensar en Odessa se percató que toda su vida había girado alrededor de ese nombre, de esa ciudad activa y laboriosa de cara al Mar Negro, llena de industrias químicas y metalúrgicas. Extrañó años pasados, rememoró los insondables ritos que marcaron su niñez y adolescencia y que ahora desde el punto de vista de mujer adulta, esposa y madre; agradecía porque a partir de ellos y de sus enseñanzas podía identificar el sutil umbral entre el bien y el mal. Una ética indestructible que la impulsaría a vivir y también a morir... pero sólo a su tiempo.

"Vienen los rojos", "Llegan los rojos". Ana escuchaba el susurro que día y noche saturaba el viento salitroso que les llegaba desde las caletas del puerto. Durante semanas enteras mantuvo encendido el samovar hasta que, como en la fábula, los lobos entraron en la ciudad. Apenas tuvo tiempo de tragarse unas joyas y escamotear otras dentro del dobladillo de sus enaguas. Sobornando aquí y allá,

Ana logró cruzar el río Dnest, hacia Soroka, abrazada de Nahun. Lya, con ojos desconcertados, alcanzó la orilla escondida en un barril.

En Soroka, Nahun comenzó a trabajar las tierras de un barón polaco y Ana a reconstruir su entorno doméstico. Habían logrado un paréntesis de cierto orden dentro del caos, al que Ana intentaba aferrarse a pesar de una sospecha que comenzaba a gestarse en su vientre. El azar se convirtió en un torbellino lúdico y trastocador para Ana y Nahun. Una noche el Dnest amplió abruptamente su cauce y corrió, libre y devastador, sobre los campos cultivados del noble terrateniente, mientras Ana y Nahum recibían en sus brazos a otra niña, a la que llamaron Sofía.

"Yo nací para morir". Sofía Imber se yergue en el sofá y busca los ojos del periodista. La mirada es intensa y de disculpa, como pidiendo tácitamente que se le reste dramatismo a la frase. Un atisbo de pudor que imperceptiblemente se impondrá durante toda la conversación. Por momentos intenta salirse del intimismo y aprovechándose de cualquier palabra o asociación, habla incansablemente de su máxima obsesión: el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas, el museo modelo de América Latina, el museo que lleva su nombre. Un tanto obligada, regresa a sus vivencias. "Solo la férrea voluntad de mi madre pudo salvarme: yo nací con muy poco peso, en una época donde no existían las incubadoras. Un absceso en el seno le impidió amamantarme. Pero ella dijo: Va a vivir, y lo logró de cucharita en cucharita".

La niña de Soroka

El desbordamiento del río Dnest arrastró a los Imber a la miseria pero también a la esperanza. Unos primos los convencieron de emigrar a Chile. Allá en el sur de América, podrían rehacer sus vidas de trashumantes. Se daban las cuatro estaciones y un agrónomo como Nahum, especializado en la producción de azúcar de remolacha, podría fácilmente encontrar trabajo y forjarse un futuro más promisor. Se embarcaron para aquella nueva metáfora de La Tierra Prometida, a la que finalmente jamás llegaron. Una

escala en La Guaira y la promesa de algunos amigos de quédense y mañana lo arreglaremos, decidieron su permanencia en Venezuela. Sofía, la niña nacida en el caos, la hija indeseada, tenía 2 años cuando subió a Caracas.

Y las mañanas se fueron sucediendo, unas tras otras, como promesas irrealizables para

los nuevos inmigrantes. Un día Nahun se encontró trabajando en la reforestación de Coticita y El Pinar, mientras Ana reconstruía por tercera vez su hogar y forjaba su temple trabajando para la comunidad hebrea: "Tú sabes, buscaba alojamiento para otros recién llegados, dinero y alimentos. Para sobrevivir, muy pocos como ella. Yo la acompañaba a empeñar sus prendas y la única vez que la vi flaquear fue cuando dejó su anillo de matrimonio. Recuerdo que fue en una de esas casa que quedaban de Colón a Doctor Díaz. Tú me entiendes: ella sabía que al igual que las otras, nunca podría recuperarlo".

Nahun, mientras tanto, continuaba con su rosario de trabajos transitorios. Hasta que el tiempo y su personalidad terminaron por darle un giro a su vida. La comunidad hebrea venezolana se convirtió en el escenario donde Nahun pudo, al fin, oficiar con la mayor propiedad y naturalidad su rol de hombre justo, una especialidad, un don, de los que muy pocos pueden jactarse. Y así, convertido en una suerte de juez, durante el resto de su vida, decidió pleitos y querellas, aconsejó en situaciones límites y equilibró desencuentros con el fiel de una balanza que le fue propio, la ecuanimidad y la justicia.

De los dos, Sofía prefiere pensar que su proverbial tenacidad se la debe a su madre, una figura que hasta después de su muerte la ha influenciado: "Yo soy atea tú sabes, pero desde que mi mamá murió me siento profundamente judía" Y la figura de Ana orbita siempre y Sofía la deja. Su recuerdo es el único para el que esta mujer, forjada en bronce, se abre completa y hasta se solaza y abunda: "Tenía una gran conciencia social, era muy solidaria. Todavía muriéndose, nos decía a Lya y a mi: ¿Tú no te vas a olvidar de mis ciegos, verdad?"

La rusita caraqueña

¿Sesenta y ocho años o sesenta y nueve?, ¿es de origen ruso o ucraniano? Para Sofía el tiempo y las fronteras se diluyen en el desinterés. Frente a la exigencia de una mayor precisión, prefiere aferrarse a una idea arbitraria, no exenta de humor. Tiene dos cédulas que cabalgan sobre 12 meses inexistentes o vividos. Nació en Soroka una pequeña ciudad cercana y separada de Odessa por el río Dnest, en Ucrania. Por lo menos, eso establecen los Atlas geográficos, pero Sofía insiste, pese a cualquier tipo de explicación, que es de origen ruso: " Ruso, como mi madre y mi padre". Un desliz de terquedad que muchas veces aflora en esta personalidad de múltiples matices. Cuando se ve inmersa en contradicciones, de inmediato decide cerrar el tema: "Como llegué a los dos años, soy venezolana por nacimiento" Y el punto final lo expresa con una sonrisa que puede percibirse seductora o concluyente.

El que haya nacido en 1924 o 25 no importa mucho, a la hora de imaginarla en plena adolescencia, tomando sus clases formales en el colegio José Enrique Rodó y disfrutando de un amplio territorio de acción que se abría desde la esquina de Pilitas, en el viejo casco de la ciudad, hasta El Paraíso. Es fiel a su generación, en cuanto a definir alguna influencia determinante en sus tiempos de estudiante. Reverencialmente surge un nombre de su boca: Olga Acosta, su maestra, antigomecista, beligerante, amante de la libertad y la democracia y a quien acompañó a ver la caída de La, Rotunda. Tampoco, es difícil recrear a Sofía dentro de su ambiente familiar permeada con ideas y letras propias de sus mayores: Dostoievski, Tolstoi.

En aquella Caracas de los años 40, de 400 mil habitantes, "llena de abuelos que recuerdan la autocracia de Castro, padres que recuerdan la dictadura de Gómez e hijos que todavía no saben lo que es la democracia".(*) Sofía es otra muchacha más que hace lo posible por definir una vida autónoma. Estudió Psicometría y a falta de una definición exacta sobre lo que luce a ojos más contemporáneos como un arcaísmo médico-psiquiátrico, basta su muy poca ortodoxa explicación: "Trabajaba con el doctor José Ortega. Se trataba de niños especiales y yo me sentía cómoda con ellos".

Da la explicación de manera casi inaudible. Se adivina que tampoco quiere detenerse en este punto. Es otro de sus rubores, de sus lados flacos: los niños... y los perros vagabundos. Su imagen de mujer suficiente y autoritaria, que a veces esgrime, (y que muchos definen como defectos capitales) se resquebraja frente a un niño enfermo y un perro hambriento.

Como madre llega a la exageración: "Me muero por mis hijos". No niega ser medio alcahueta con los cuatro que tiene y su única imposición ha sido, en medio de una absoluta libertad, de tipo ético: no mentir jamás. Esa es su única exigencia. También Sara, Adriana, Daniela y Pedro les ha legado en vida cuatro rotundas reafirmaciones: "No temer pertenecer a una minoría". "No tener miedo a disentir". "No tener miedo de ser diferente". "No temer". Del resto se ríe a carcajadas, sobre todo cuando recuerda la cara del pediatra, cuando ella de lo más madre-sobreprotectora, se jactó de bañar a Adriana con agua de Evian.

Y los perros callejeros saben qué puertas tocar en los alrededores de Parque Central, donde por decenas hacen filas por la salida del museo en busca de comida y afecto seguros. Si en su casa de La Florida ha llegado tener hasta 6 pomeranias, todos igualitos, medio cursis y pispiretos, el personal del museo ha visto ir y venir, pernoctar o quedarse como huésped permanente a muchos "cacris" que, de paso, se convierten en auténticos gourmets, al ser alimentados con comida del restaurant El Parque y El Visconti. Más de una vez se le ha oído decir, que el amor por los animales es una de las diferencias a favor del primer mundo.

La femme intelectual

Tenía 17 años cuando conoció a Guillermo Meneses y a los 17 días se casó con él. Fue un noviazgo fugaz y una relación permanente y simbiótica: "Lo conocí en un baile de carnaval. Yo estaba disfrazada de negrita. Salimos, nos vimos y un día, lo encontré en mi casa pidiendo mi mano". Sofía encargó un ajuar de 400 bolívares que pagó por cuotas y frente al estupor de Ana y Nahun firmó el acta del libro de matrimonio del juez Lessmann, en la parroquia de Santa Teresa, teniendo como testigo a Juan Liscano. Ya entonces había decidido no recordar la dolorosa

austeridad de su vida, adolescente y también dejar de lado el sueño de convertirse en una virtuosa pianista, la notable concertista que a oídos de Arthur Rubinstein hubiera podido llegar a ser.

"Era necesario hablar de Rubén (Darío) y de las rusas, porque en nosotros había —y hay— grave nostalgia moscovita. No porque estuviéramos pensando más que de costumbre en el "codo" del dnieper o en la defensa de Stalingrado, sino porque estaba —y allí permanece— danzándonos en la imaginación la rusita más linda que vive en Caracas" Así fue el impacto leyenda que vivió el Guillo Meneses cuando conoció a Sofía, revelado en su columna "De una acera a la otra" en el diario Ahora, en el que oficiaba como director. Sofía relee el artículo con una inmensa ternura. Acaricia el papel como queriendo acariciar el rostro que se fue. Y el recuerdo de sus dos grandes amores se confunden entre frases que capitalizan el uno, el otro o ambos a la vez.

"De Guillermo me impresionó su autenticidad. El amor es, en rigor, absolutamente igual, con el primer hombre y con el segundo. Los dos monógamos, enamorados de mí... Nunca he sido de relaciones menores. Con Guillermo y luego con Carlos trabajamos juntos, crecimos juntos. Establecimos vidas paralelas, tu sabes, dormir y leer con las manos agarradas. En Jiddish hay una palabra que los define: mensh, es decir hombres a tiempo completo. Eso fueron Guillermo y Carlos".

Y la simbiosis fue plena con cada uno a su tiempo. Ella se nutrió de la cultura de ámbos y a ámbos les impuso una disciplina: "A Guillermo, en París, lo encerraba a trabajar y le dosificaba los cigarrillos" Con Carlos, cada fin de hacía lo mismo, pero en el Litoral Central. Las mejores páginas de **El falso cuaderno de Narciso Espejo** y **Del buen salvaje al buen revolucionario**, surgieron de esos encierros custodiados por Sofía.

Pero a ninguno de los dos, los sintió como objeto de su propiedad: a Guillermo, en medio de una gran disonancia afectiva, lo deja por Carlos. "Yo lo quiero y si lo quiero porqué lo dejo", se preguntó en su momento, y 30 años después, vuelve a formularla, sin darse una respuesta. A Carlos, de quién no se

separó ni un solo día durante 25 años, le permitió el libre albedrío de morir cuándo y cómo lo quiso. A ninguno de los dos supo mentirles

La Super star

Su arribo, en los años 60, a la televisión venezolana, viene precedido de una sólida formación intelectual, que comienza a gestarse por y para su trabajo reportero en los más importantes periódicos y revistas de Caracas y que termina decantándose en los más exclusivos cenáculos de París, Londres y Nueva York. De manos tomadas con Guillermo Meneses, primero y con Carlos Rangel, después, Sofía Imber interactuó o fue testigo de la génesis de nuevas ideas filosóficas, como el existencialismo sartreano, de las nuevas corrientes de la pintura, entre ellas el cinetismo del entonces desconocido Víctor Vasarely, cuyas primeras obras trajo a Caracas.

Pero le aterra, siente como una suerte de pena ajena, ver a gente que suelta nombres de amigos famosos y que se retrata con ellos: Pero los tuvo y los ha tenido a todos: desde Pablo Picasso, a quien visitaba con la mayor naturalidad, hasta a Pablo Neruda a quien le sirvió muchas veces de chofer por las avenidas del Cartier Latin. A Gabriel García Márquez, pese a sus desencuentros ideológicos. Jean- Francois Revel, Mario Vargas Llosa. La lista resultaría interminable, así que baste un último recuerdo como muestra: Adriana, la segunda de sus hijas, la misma que bañaba con agua mineral embotellada, nació en la casa del que se considera el más grande actor del teatro contemporáneo francés: Phillip Gerard. Y hasta aquí, porque para Sofía no existe nada más reaccionario que solazarse en la idea de que todo pasado fue mejor.

Llega a la pantalla pequeña con un back ground inusual, aún hoy en día. El recorrido es meteórico. Primero en el canal 5 con su "Aló, aló". Más tarde en el 11, con "El hombre y su cultura". Hasta que Peter Bottome la anima para que produzca "Buenos Días" y "Solo para adultos" para el canal 2. Con "Buenos días" abre nuevos horizontes para el periodismo audiovisual y pone a trabajar por primera vez en su vida a un dandy y aristócrata criollo: Reinaldito Herrera. Fue su época de oro como súper estrella de televisión. Cierta Vez, uno de sus invitados

quiso halagarla en cámaras, llamándola la Bárbara Walter venezolana. Su respuesta fue como un latigazo: No, soy simplemente Sofía.